

ve á ese Dios en tu líquida llanura...;
que eres tú, melancólico elemento,
tal vez la imágen colosal del alma!

EL CIGARRO.

Lío tabaco en un papel; agarro
lumbre, y lo enciendo; arde, y á medida
que arde, muere; muere, y enseguida
tiro la punta; bárrenla, y... al carro!

Un alma envuelve Dios en frágil barro,
y la enciende en la lumbre de la vida;
chupa el tiempo, y resulta en la partida
un cadáver. — El hombre es un cigarro.

La ceniza que cae, es su ventura;
el humo que se eleva, su esperanza;
lo que arderá despues... su loco anhelo.

Cigarro tras cigarro el tiempo apura;
colilla tras colilla al hoyo lanza;
pero el aroma... piérdese en el cielo!

LAS CEREZAS.

DE VÍCTOR HUGO.

Por cerezas garrafales
íbamos juntos al huerto;
con sus brazos de alabastro
escalaba los cerezos,
y montábase en las ramas

que se doblaban al peso.

Yo subía detrás de *ella*
y mis ojos indiscretos
su blanca pierna veían...
y *ella* cantando y riendo
les decía con sus ojos
á mis ojos: — « Estad, quietos! »

Luego hácia mí se inclinaba,
de los dientes ya trayendo
suspendida una cereza,
y entre sus lábios bermejos
trémula me la ofrecía;
y yo mi boca de fuego
sobre su boca posaba;
y *ella* siempre sonriendo
me dejaba su cereza,
y se llevaba mi beso.

RAMON DE CAMPOAMOR.

LA CONDICION.

DOLORA.

Al regresar del otero,
Lleno de gozo y cariño
Les dió á una niña y un niño
Dos pájaros un cabrero.
Dándole un beso primero,

La niña el suyo soltó;
Al pájaro que quedó
No se le pudo soltar,
Porque el niño por jugar,
El cuello le retorció.

LA LEY DEL EMBUDO.

DOLORA.

De su honor en menoscabo
Faltó un esposo á su esposa :
Ella perdonó amorosa,
Y el público dijo : — « ¡Bravo! »
Faltó la mujer al cabo,
Harta de tanto desdén,
Y el falso esposo ¿ también.
Perdonó á la esposa? — No :
El esposo la mató,
Y el público dijo : — « ¡Bien! »

LA NOCHE-BUENA.

Son hija y madre, y las dos
Con frío, con hambre y pena,
Piden en la Noche-Buena
Una limosna por Dios.
— « Hoy los ángeles querrán,
La madre á su hija decia,
« ¿Que comamos, hija mía,

Por ser Noche-Buena? pan... »
Y al anuncio de tal fiesta
Abre la madre el regazo,
Y sobre él á aquel pedazo
De sus entrañas acuesta.
« Al pie de un farol sentada,
Pide por amor de Dios...
Y pasa uno... y pasan dos...
Mas ninguno le da nada.
La niña con triste acento
« Pero ¿ y nuestro pan? » decia.
« Ya llega » le respondia
La madre... y ¡llegaba el viento!
Mientras de placer gritando
Pasa ante ellas el gentío,
La niña llora de frío,
La madre pide llorando.
Cuando, otra pobre como ella,
Una moneda le echó,
Recordando que perdió
Una niña como aquella.
« ¡Ya nuestro pan ha venido! » —
Gritó la madre extasiada,
Mas la niña quedó echada,
Como un pájaro en su nido.
« ¡Llama... y llama!... ¡Desvarío!
Nada hay ya que la despierte.
Duerme, está helando, y la muerte
Solo es un sueño con frío!
La toca. Al verla tan yerta,
Se alza, hácia la luz la atrae,

Se espanta, vacila... y cae
A plomo la niña muerta.
¡Del suelo, de angustia llena,
La madre á su hija levanta!...
Y en tanto un dichoso canta :
• ¡ Esta noche es Noche-Buena., •

LO QUE ES EL OLIMPO.

DOLORA.

¿Qué es el Olimpo? — Para el niño un
[juego
de pájaros, de músicas y flores.
— ¿Qué es para el jóven? — Lupanar de amo-
[res,
eterna forma del Eliseo griego.
¿Qué es para el hombre? — Para el hombre
[ciego
es un templo de glorias y de honores,
y el viejo se lo finge en sus dolores
como un rincón de paz y de sosiego.
— Y el viejo ya senil ¿ en que convierte
del Olimpo la espléndida morada?
— En un *no sér*, que es ménos que la muerte
¡ Así la infancia y la vejez helada
van cambiando el Olimpo esta suerte
en *flores*, en *amor*, en *paz*, en *nada!*

DON FERNANDO RUIZ DE CASTRO.

— Mi esposa Estefanía, que esté en gloria,
fué del séptimo Alfonso hija querida;
desde hoy sabreis, al escuchar mi historia,
que hay desdichas sin fin en esta vida.

—
Yo la maté celoso; y si remiso,
no me maté tambien la noche aquélla,
fué por matar despues, si era preciso,
á todo el que, cual yo, dudase de ella.

—
Cierto conde Don Vela á Estefanía
la profesó un amor que ella ignoraba;
y Fortuna, una dama que tenía,
al don Vela á su vez idolatraba.

—
Por las noches Fortuna, artificiosa,
mientras que su ama se entregaba al sueño,
disfrazada y fingiéndose su esposa,
al conde hacia de sus gracias dueño.

—
En mi parque, una noche, hácia umbría,
llegar ví á una mujer, á un hombre á poco;
luégo, el nombre al oír de Estefanía,
¡ ay! yo pensé que me volvía loco.

—
Torno á escuchar de Estefanía el nombre,
por vengarme mejor mi rabia aplazo:

mas ví después á la mujer y al hombre confundirse los dos en un abrazo.

Y «en guardia!» gritó al hombre, él se [prepara,
le acoso airado, y con valor me acosa,
y mientras mata al Vela cara á cara,
huye la infame que creí mi esposa.

Dejo allí al conde, atrevesado el pecho,
y persiguiendo á la mujer que huía,
ví á la luz de una lámpara, en su lecho
dormida dulcemente á Estefanía.

Aquel sueño de paz juzgo fingido,
la despierto, me vé, me echa los brazos,
y con mi daga, entre ellos oprimido,
hice, feroz, su corazón pedazos.

«¿Me matas?» — dijo, y contesté:— «¿De
[celos!»

«¡Loco!» gritó; y al ver que me abrazaba,
«¡Cuál te amaba!» exclamé; y ella á los cielos
miró, y dijo al morir: «¡Cuánto me amaba!»—

Sentí luego una puerta que se abría,
y al resplandor de la naciente luna,
con el traje salió de Estefanía,
cual siniestra sonámbula, Fortuna.

— «¡Bárbaro! dijo, la mujer que ha huido,
no es tu esposa infeliz, que muere amada;
¡Yo soy quien, disfrazada, ha recogido
el precio de una pasión robada!»

Perdona, Castro, la demencia mía,
te dejo honrado aunque de angustia lleno;
y pues muere entre sangre Estefanía,
«es muy justo que yo muera entre el cieno!»

Y así diciendo, del balcón abajo
se echó Fortuna de cabeza al rio,
y al ruido que hizo, al recibirla, el Tajo,
baño todo mi cuerpo un sudor frío.

Era de Castro la amargura tanta,
que al furor reemplazando la tristeza,
ronca la voz y seca la garganta,
cayó sobre su pecho la cabeza.

Y concluyó: «¡No es cierto que debía
matarme yo también la noche aquella?
Mas, si faltase yo, ¿quién mataría
al que dudase de mi honor y el de ella?»

LA CONFESION DE FLORINDA.

Del Tajo en la ribera así la Cava
triste le hablaba á don Julian sombrío,
ocultos en un soto que formaba
entre dos orlas de álamos el río.

Florinda, echada de su padre al cuello,
así su pena a referir comienza :

— « ¡Cómo empezar, Señor! ¡Cómo hablar
[de ello!
¿Quién me esconde de mí? ¡Tengo ver-
[güenza!

— Aunque perdon por mi desdicha imploro,
por vuestra vida os juro que es la mía,
que en mi infantil candor, del mal que lloro
el cómo fué no sé; yo no quería.

— Antes de hacer, más que galán, cobarde,
á mi inocencia y á su amor agravios,
siempre al decirme el Rey *el cielo os guarde*,
me cerraba los ojos con los lábios.

— Yo, agena del amor que le inspiraba,
dejándome querer, pensé, inocente,
que Rodrigo en los ojos me besaba
como besan los padres en la frente.

— « Una noche ¡ay de mí! sentí durmiendo
el beso de los ojos en la boca... » —
Calló un instante, y prosiguió diciendo :
« ¡De pensar lo demás me vuelvo loca ! »

— Tras nueva pausa continuó llorando :
« ¡Cuánta afrenta y dolor, Virgen María,
hallé en mi corazón, la luz mirando,
que brilló como siempre al otro día!

— Luego, mi amante, ni siquiera amigo,
si al verme, *el cielo os guarde*, murmuraba,
no volvió á darme el infeliz Rodrigo
aquel beso en los ojos que me daba.

— Tanto á los dos nuestro recuerdo hu-
[milla,
que, él pensando en su honor, yo en mi
[pureza,
con cierta palidez casi amarilla,
bajamos, al mirarnos, la cabeza. » —

— Y ahogada en llanto, y sin mirar al padre,
una vez y otra vez le repetía :

— « Mas por la sombra, os juro de mi
[madre,
que el cómo fue no sé, yo no quería! » —

RAMON MESONERO ROMANOS.

REQUIEBROS DE LAVAPIÉS.

Asoma, estrella, del barrio,
á esa ventana rasgada,
y oirás como tu manolo
sabe expresarse cuando ama.

Verás con tus negros ojos,
oirás con tus orejajas,
olerás con tus narices

y tentarás con tus palmas,
¿Cómo mi rostro se arruga,
cómo mi lengua se trava,
cómo mi cuerpo padece,
cómo se agita mi alma;

Cuando con aire de taco
pones los brazos en jarras,
cuando cruzas la mantilla

ó echas un voto de marca!

¡Oh bien haya el que á su lado
te tenga un rato sentado!

¡Quién te cogiere una liga
ó te rescáre la caspa!

¿Por qué, dime, infiel manola,
por qué dime, fiera *Paca*,

te huelgas con mis suspiros
y te ries de mis ansias?

¿Es acaso por el chirlo

que me divide la cara,
por lo poco que cojeo,
ó porque un ojo me falta?

Advierte qué estas señales
pruebas son de mis hazañas,
que ha cantado en estos barrios
la trompeta de la fama.

¿No soy yo aquel temeron,
cuya historia se relata,
desde el *Campo de Manuela*
hasta la costa africana?

¿No soy aquel cuyas glorias
en nobles versos ensalzan
todos los ciegos al son
de destemplada guitarra?

¿No soy aquel que los hombres
supo humillar á sus plantas
dispensando á las mujeres
mi proteccion soberana?

¿Cuántas me hicieron favor!
¿cuántas me dieron las gracias
y aumentaron mis trofeos
con el brillo de su fama!

Mas... ¿qué digo? tú tambien,
ora tan fiera y tirana,
hubo un tiempo... ¿no te acuerdas?
en que dijiste me amabas.

Y aquel tiempo ya pasó...
¿mas por qué ha pasado ingrata?
¿qué causa te pude dar
para tan fiera mudanza?

¿Culpa de un garrotte fué ;
mas ¿que son, prenda adorada,
entre dos que bien se quieren
tres palizas por semana ?

Fantasías juveniles,
celos, propios de quien ama,
mi osada mano impelieron
contra tus dulces espaldas.

Ya la razon me templó,
ya no soy celoso, Paca,
ya la mano que pecó
quiere reparar sus faltas.

Seis años de *esposa* dura
la hacen desear la blanda ;
hierros borrarón sus yerros
y amasaron su pujanza.

Héme, que ya arrepentido
torno á humillarme á tus plantas
en demanda de aquel sí
que el amante pecho aguarda.

Tus gracias y mi valor
formen de hoy más alianza,
y naveguemos unidos
del mundo en la frágil barca.

Mis facultades son pocas,
mas ya te dice la fama
que serán las que quisiere
poniéndome donde lo haya.

Lo que mi mano conquiste,
Lo que conquisten tus gracias,
disiparase en meriendas

toros, calesas y zambras ;
Con lo cual, y mi respeto
verás que todos te aclaman
por Reina del *Lavapiés*
y por Diosa de las gracias.

Yo en tanto al pié de tu altar,
sin escuchar sus plegarias,
me haré cargo del tributo
que brinde amor á tus plantas,

Tú, dueña de tu alvedrío
de la noche á la mañana,
modelarás tus acciones
como quieras modelarlas.

Yo llevaré la razon
de las sáldas y entradas,
y jámas, te lo prometo,
querré terciar con mi baza.

Antes bien tendré por dicha
si tras de aquellas andanzas
te acuerdas que solitario
te espera tu esposo en casa,

Y vuelves á su cariño
después de matar cien almas
desbe la *red de San Luis*
á la *plaza de Santa Ana*.

O si no quieres casarte ;
abre esa puerta, tirana,
y hazme tan sólo un favor
que no quedarás burlada ;

Porque aquí con estos trapos
y debajo de esta capa

todavía queda *un duro*
para premiar tanta gracia

Esto decia el *Zurdillo*
á la puerta de la *Paca*;
pero era hablar á los vientos
porque ella no estaba en casa.

RAMON RODRIGUEZ CORREA.

ODA,

A UNA ADORADA PRENDA.

Vedla... allí está: tendida sobre el lecho,
Sin importuno yelo que la oculte,
Radiante de esplendor y de belleza,
Ligera ondulacion indica el pecho,
Y en lánguida pereza
De su enojosa vida
El padecer olvida.
Oculta un brazo el seno,
De aire tan solo y de ilusiones lleno,
Pende el otro del lecho suavemente
Cual mústia rama de floron doliente.
¡Pláceme tu color, prenda adorada,
Tan negro como manto funerario,
Cual ardiente mirada
Que Lázaro arrojó desde el sudario!

¡Ven, hija de Levi; deja que amante
Tu esbelto talle con mi mano ciña,
Y luego delirante,
En tu pulido cuello
Ardiente imprima de mi amor el sello!
¡Oh, ven, si fueras mía,
De tu beldad ansioso cuidaría...
Ven, prenda veneranda,
Si nos separa la contraria suerte
Un sagrario tendrás en Peñaranda!
En delirio amoroso sumergido
A tal punto llegué, cuanto de pronto
Un hombre entra en la estancia, y atrevido,
Callado como en misa
Deja la bata. En mangas de camisa,
Comienza á acariciar la tez sedosa
De la negrita hermosa.
Decídese, por fin, y... entre sus brazos
Frenético la estrecha en mil abrazos.
Sobre él me arrojó, tiro de la prenda;
Ansioso sobre mí se precipita
Y... « ¡Treinta duros cuestan en la tienda!»
Exclama, al arrancarme la... levita.
Disfrútala feliz, oh caro amigo,
Pues te es propicio el caprichoso hado.
De tus triunfos será mudo testigo
Cuando cruces radiante por el Prado
Venciendo la belleza
De las que adoran solo la corteza;
Que en el mar del amor, si tienes ropa,
Navegarás, amigo, viento en popa.

Yo con vergüenza en tanto
Mi ropa lavaré con triste llanto,
Y en los festivos meses
En que natura languidez respira
Esparciendo sus galas por la tierra,
Mi sucia ropa tiraré con ira
Y en brazos me echaré de la INGLATERRA.

TUS OJOS.

Ni tu frente, ni tu cuello,
Ni tus lindos labios rojos,
Ni tu divino cabello
Me esclavizan, ángel bello;
Lo que adoro son ¡tus ojos!

Parece que agradecidos,
Por ver si mi ardor se calma,
Me cuentan adormecidos
Los secretos que escondidos
Lleva su dueño en el alma.

No há mucho que repetian
Tus labios un — « no » — temblando;
Pues bien, tus labios mentian,
Y tus ojos me decian
Que tú me estabas amando!

Sin hacer caso á tu boca,
Adorando me verás
Tus ojos con ánsia loca,
Que tu boca se equivoca,
Pero tus ojos... ¡jamás!

EN EL ALBUM DE LA SRA. DE MI DISTINGUIDO
AMIGO DON EUSEBIO BLASCO.

Te ví de niña... ¡Nieve eras y oro!
Te ví ya adulta... ¡Qué gran mujer!
Te ví casada... ¡Qué gran tesoro!
Te he visto madre... ¡No hay más que ver!

EN EL ALBUM DE UNA DESCONOCIDA.

Hay una ciencia, niña,
Llamada Estética
Que enseña á todo el mundo
Cuál cosa es bella;

Vé de qué modo,
Sin que nunca te viera,
Yo te conozco.

Por contrarios preceptos,
La misma ciencia
Enseña á todo el mundo
Cuál cosa es fea.

Vé tú, por dónde,
Sin que nunca me vieras
Ya me conoces.

JOAQUIN PONCE DE LEON.

MENSAJE.

Golondrina que, á florestas
que el invierno no marchite
las oscuras, rápidas alas
ya diriges;

si á tu paso por el valle
donde, léjos de mí, vive,
la encontraras meditando
sola y triste,

vé y, posándote en su hombro,
al oído, tierna, dile:
— No te olvida ni un momento;
¡no le olvidéis!

A MEDIA NOCHE.

Lejano, dulce vals que el rudo viento
llegar hasta mí hace;

que hieres en mi alma oculta fibra,
¿dó hube de escucharte?

Paréceme que — no recuerdo cuándo —
en un suntuoso baile,
giraba á tu compás entre fulgores
y gasas ondulantes.

Ceñíase mi brazo al fino dorso
de un breve, esbelto talle;
y oía murmurar junto á mi oído:
Mi bien, ¡tuya ó de nadie!

Ah, ya! Era en casa de... era aquella
que, con acento de ángel,
jurábame lealtad por la sagrada
memoria de su madre...

Confieso que el dominio que en mí ejerce
la música, es muy grande:
allá en el cementerio de mi alma
remueve los cadáveres!

EL CANARIO MUERTO.

Yo recogí tu postrimer mirada,
yo te estreché contra el transido pecho,
yo, en tu gentil, dorada cabecilla
dejé, llorando, un besito!

No eras, á mis ojos, sólo el pájaro
de rizas plumas y cantares célicos;
eras un alma inteligente y tierna,
un dulce compañero!

Cuando, al seguir mi fatigosa ruta,
veía malograrse mis esfuerzos,
y nubes de dolor se amontonaban
chocando, en mi cerebro;

O cuando, al meditar en lo distante
que estaba de la meta de mis sueños,
sentía aparecer en mis pupilas
dos lágrimas de fuego,

Tú, revolviéndote en la breve jaula,
ansioso de acudir á mi remedio,
enviábasme, entre píos, mil amantes
palabras de consuelo

Decíasme que, así como el simón
encorva la palmera del desierto,
mas ne puede impedir que luego se alce
retándolo de nuevo,

Así el dolor, simón del espíritu,
doblega al varon fuerte con su peso;
mas no debe lograr que se abandone
despues al desaliento...

Decíasme que, así como la nave
que surca proceloso derrotero,
tras firme combatir, alegre avista
el elegido puerto,

Así, el mortal que sigue áspera ruta

con alta frente y corazon sereno,
tras récio batallar, toca triunfante
la meta de sus sueños!

Yo te escuchaba con el suave éxtasis
que inspira melancólico instrumento,
tañido en clara noche de verano
bajo el azul del cielo...

Mas ya no existes : tu desierta cárcel,
la fria soledad de mi aposento,
prueban que el alma inteligente y tierna,
que el dulce amigo ha muerto...

Yo recogí su postrimer mirada,
yo la estreché contra el transido pecho,
yo, en su gentil, dorada cabecilla
dejé, llorando, un beso!

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

EL AGUILA.

Así pudiera la mente
seguir tu rápido vuelo,
y entre ese azul trasparente
arreatado del suelo,
alzar erguida la frente ;
Cruzar contigo la esfera,

y ver el alba hechicera
en su carro de diamante
derramar la luz primera
en los mares de levante.

¡Cuán poderoso y ufano
se ostentará en esa altura
sobre tus alas, liviano,
algun génio soberano
aspirando el aura pura!

Verse en los aires perdido,
envuelto en la parda bruma,
un trono ver en tu pluma,
y ese trono suspendido
sobre un abismo de espuma.

Quizá contigo girando
tocara su frente el cielo,
y refrenando tu vuelo
quisiera esconderse en él;
y ambicioso coronarse
con la celeste aureola,
dejando olvidada y sola
la corona de laurel.

Quizá entre nubes de nácar
cercado su puro ambiente,
buscará la llama ardiente
en las entrañas del sol;

y luchára, y le venciera,
y audaz en la empírea lumbre,
y su carro y arrebol.

Mas eres tú tan liviana,
señora y reina del viento,
que pones tu régio asiento
sobre un trono de vapor;
y, entre celajes envuelta,
desdeña tu vista el suelo
que tiene más cerca un cielo
de incomprensible valor.

De nubes el pavimento
en sus variados colores
retrata alfombras de flores
que engalana tu dosel;
y ufana estás en la altura,
envidia dando á la aurora
con el sol que pule y dora
tu magnífico escabel.

No bajas, no, de ese trono,
que es el cielo quien le abona;
por eso te dió corona
de plumas para reinar,
y, al subir al firmamento,

también te dió en el espacio
un zafrino palacio
que debes siempre habitar.

—
Hubo un tiempo que, cansada
de estar inmediata al cielo,
girando con raudó vuelo
quisistes al mundo ver;
y viste pueblos guerreros.
y pueblos también dormidos,
los de Babel confundidos
y los de Sodoma arder.

—
Viste ciudades profanas,
sus ídolos entre aroma,
y la opulencia de Roma
de cúpulas al través;
y entre sus templos y pórticos
contemplaste el Capitolio
y en él épusiste tu sólio
y el mundo tembló á tus piés.

—
Al ver tu dosel empero,
alegre cantó el romano,
y allá las puertas de Jano
sintiéronse rechinar.
Y diz murmuró el oráculo,
y al frente de sus legiones

vencistes á las naciones
que quisieron batallar.

—
Serena sobre los aires,
tendidas las rojas alas,
botiendo tal vez las galas
que el romano te prendió,
no viste nada en el mundo,
que aumento diera á tus gloria
y en palmas de la victoria
las glorias te adorneció.

—
Cesó el estruendo guerrero,
cesaron ya los clamores
que alzaban los vencedores
ansiosos de combatir;
y los acentos callaron
de las músicas marciales
y de los carros triunfales
el resonante crugir.

—
El Tiber rizó sus ondas,
y, por la vega tendido,
de perlas enriquecido
derramaba su cristal;
ó en su leve movimiento
alzaba blando murmullo
sirviéndote á tí de arrullo
los ecos de su raudal.

Mal haya la dulce calma
que gozastes en tu sueño,
y aquel porvenir risueño
que pensabas entrever;
El mundo te vió dormida,
y, tu sueño aprovechando,
lanzó sobre tí bramando
el yugo de su poder.

—
¿De qué te sirvieron, reina,
tus conquistados blasones,
tus centurias y legiones
dispuestas á pelear?
¿De qué tus carros de triunfo,
de que tus ídolos vanos
ni tus dominios romanos
dilatados por la mar?

—
Aquellas glorias pasaron,
quedando para memoria
grabado en la antigua historia
como purpúreo borron,
que, al sacudir tu letargo.
del Tiber en las espumas
cayeron tu rojas plumas,
y con ellas tu blason.

RICARDO BLANCO ASENJO.

PROMETEO.

A MI QUERIDO AMIGO EL EMINENTE POETA

LÍRICO D. RAMON DE CAMPOAMOR.

Las gradas estaban llenas;
ruidosa y alborotada,
la muchedumbre apiñada
cabía en el círculo apenas.
Desierta quedose Aténas
desde el Pireo al Pécilo,
que más que al famoso Milo,
el atleta de Crotona,
el pueblo aplaude y pregona
las creaciones de Esquilo.

—
Hierva la inmensa canalla
con estrépito sonoro;
comienza á cantar el coro
y el ronco murmullo calla.
Cruza el rayo, el trueno estalla;
sobre el Cáucaso elevado,
desnudo y ensangrentado,
gíme un hombre sin consuelo;
pero en vano clama al cielo
Prometeo encadenado.

De aquel gigante caído,
que en vano impotente lucha,
con espanto el pueblo escucha
el aterrador gemido:
Bate el pueblo conmovido
las palmas con emocion,
sin saber que la ficción
que en el escenario aprueba,
es la tragedia que lleva
el hombre en su corazón.

—
Como gigante caído
que se revuelve y se agita,
así el corazón palpita
dentro del pecho escondido
Misterio no comprendido
que le condena á ser reo,
cadenas forja el deseo
que intenta romper en vano:
cada corazón humano
lleva dentro un Prometeo.

—
No hay razón por que se asombre
el pueblo ante aquella escena,
arriba el cielo que truena,
abajo el dolor del hombre.
De otra tragedia sin nombre
la humanidad es actora:
eterna y aterradora
la gran tragedia se mueve:

arriba el cielo que llueve,
abajo el hombre que llora.

—
Inquietud gigante, inmensa,
que al espíritu combate
lo que en nuestro pecho late,
lo que nuestra mente piensa.
Esa vaguedad intensa
en que se agita el deseo,
fé inspirada en Galileo,
constancia heroica en Colon,
ensueño, caos, razón,
¡Prometeo! ¡Prometeo!

—
Destino, error, fatalismo,
virtud, serena conciencia,
de un lado el bien y la ciencia,
del otro el mal y el abismo;
en medio noble heroismo
que aliento en el corazón;
por el hombre abnegación,
por la patria libertad,
por el progreso verdad,
por el cielo religión.

—
Firme fé, que contra el yugo
de la ignorancia y del vicio
en heroico sacrificio
su cerviz rinde al verdugo,
Defender al bien le plugo

en titánica disputa,
y ningun temor le inmuta,
ante el bien nada le arredra :
ni Estéban teme la piedra,
ni Sócrates la cicuta.

—
El cielo airado teñido
de nieblas el horizonte,
sobre la cima de un monte
desnudo un hombre oprimido.
Mal que triunfa, bien vencido,
Verbo de Dios encarnado,
Cristo en la Cruz enclavado,
llanto y dolor : no os asombre,
es la tragedia del hombre,
Prometeo encadenado.

—
Rodando en la inmensidad
peñasco informo es la tierra,
quebrado monte que encierra
sujeta á la humanidad
Luchando por la verdad
y de la ignorancia esclava,
su dolor el tiempo agrava,
su mal nunca se remedia :
esa es la eterna tragedia,
tragedia que nunca acaba.

—
¡Ay! Al pueblo que aplaudia
más que al esfuerzo de Milo

al génio sacro de Esquile
que el *Prometeo* escribia,
nadie le dijo aquel dia :
— La poética ficcion
que tu aplauso y tu emocion
en el escenario aprueba,
es la tragedia que lleva
el hombre en el corazon.

RICARDO DE LA VEGA.

!!!DESAHUCIADOS!!!

¿Pero, por qué sois tacaños ?
¿Por qué os habeis de entregar
á esos médicos extraños
á la ciencia de curar ?
¿Por qué os marchais á los baños
del Molar ?

¿Por qué haceis medicamentos
con medicinas caseras ?
¿No veis que con los unguentos
y con la sal de acederas
os saldrán granos á cientos
y boqueras ?

¿Quién no descubre la hilaza
si se mete en una tina
de ceniza y de mostaza,
se dá enjundia de gallina
ó cataplasmas de harina
de linaza ?